

LAS MINERVAS*

A los vecinos de Las Minervas

“¿Qué onda, nené?, pensé que no ibas a contestar”, digo más emocionado de lo que me gustaría aceptar.

“Mmm... Puta, ¿qué horas son? ...”, resopla impaciente mi hermano, “..., ¿por qué llamás tan temprano?”. Lo figuro en la que fue mi habitación, enroscado en las sábanas tibias, confundido por las penumbras propiciadas por una cortina *blackout* que tapa la luz de una mañana soleada de diciembre.

“Creo que son las diez en Guate..., aquí ya se hizo de noche”.

“Ya es tarde pues..., cargo una goma bien culera..., ayer fue el convivio de la empresa. Hubo guaro en puta”.

“Mano, ¿ya viste ‘El informe’ de hoy?”. La lectura de ‘El informe’ quizás es la única dinámica real que nos legó mi papá, la única que compartimos como hermanos. Siempre me gustó que nos lo leyera después del desayuno de los domingos. “Es

(*) Este cuento ganó el Premio Literario Monteforte Toledo, Cuento 2024.

el único periodismo realmente investigativo que se conduce en este país pisado”, decía mi papá con el tono solemne que casi nunca usaba con nosotros. Cuando me fui de Guatemala, me llamaba al WhatsApp, ponía el celular en altavoz, me preguntaba cómo estaba, y luego “¿Tenés ‘El informe’ en tu computador?”, y sin esperar mi respuesta se lanzaba a leerlo, divirtiéndome con los énfasis que imprimía a propósito en las partes que lo sorprendían o le gustaban. Al fondo, en sordina, escuchaba las expresiones de mi hermano, “A la mierda”, “Qué trabada le pegaron”, o su risa condescendiente.

“Nel vos..., me acabo de despertar”. Lo escucho removiendo sartenes y cubiertos, como si buscara piezas de la cafetera italiana entre la torre de platos limpios que siempre deja en el escurridor.

“Fíjate que ‘El informe’ de hoy es sobre Santi, el de la colonia”, y percibo de golpe que ejerzo el tono de mal agüero que usaban mis tías para transmitir que alguien estaba enfermo o había muerto.

“¿Ah? ¿Sin casaca?”

“Simón”.

“A la verga..., ¿qué le pasó?, ¿lo mataron?”. Escuché el chasquido de un fósforo y la hornilla defectuosa de la estufa encendiéndose.

“Cabal..., esta semana”.

“¿Ya lo leíste todo?”.

“Solo las primeras líneas”.

“¿Y cómo sabés que es él?”. Escucho el café ebulliciendo en la cafetera italiana que mi papá nunca nos dejaba usar y que mi hermano, en la repartición luctuosa de pertenencias, pidió heredar.

“Por el nombre y porque aparece una foto suya..., la de su perfil de Facebook”.

“Bien lindo, me imagino...”, ríe con esa risa marchita que emplea para bromear sobre las cosas que le afectan, “... nunca pensé que leería un informe sobre alguien conocido”. Recordé que mi papá temía que algún día elaboraran un informe sobre alguno de mis primos. “Esos mis sobrinos andan bien perdidos en la vida”, exclamaba por no decir que eran delincuentes. Ya habían agarrado a dos, a uno por estafa, le vendió a una decena de personas, entre ellas nuestra abuela, lavadoras taiwanesas que nunca llegaron a la portuaria, y al otro, por lavado de dinero, la policía lo aprehendió en el aeropuerto tratando de salir del país con una maleta que escondía 50 mil dólares en un doble forro. Ninguno de los dos crímenes, por inocuos y evidentes, ameritó una investigación de ‘El informe’, el cual sigue la narrativa pericial de los pocos delitos, casi todos sangrientos, que la policía y el Ministerio Público consiguen cerrar. “No sé si ‘El informe’ es impreso para personas morbosas como yo o porque quieren difundir la sensación de que sí se puede lograr justicia en este país”, dijo mi padre al terminar de leer la edición del último domingo que escuché su voz.

“Ya abrí el computador y tengo mi café... ¿lo leemos juntos?”, pregunta mi hermano, encontrándome a medio camino de una nostalgia que sentida a solas me ensombrece los domingos.

“Dale..., yo leo si te parece bien”.

“Vivo”.

Comienzo a leer, «El cuerpo sin vida de Santiago Pérez Sajbochol, joven mixqueño de 25 años, fue localizado la madrugada del lunes en el campo de fútbol de la colonia Lo de Fuentes, zona II de Mixco. Un pastor de cabras encontró el cadáver cuando se dirigía al mercado de Las Minervas y rápidamente alertó a los vecinos, quienes a su vez llamaron a la Policía Nacional Civil (PNC)...»

“Putá..., creo que lo encontró Canchinflín”, me interrumpe mi hermano.

“¿Sin casaca? ..., ya me había olvidado de Canchinflín..., ¿por qué era que le decían así?”.

“A lo lejos recuerdo dos versiones. La primera era porque los chiflidos que usaba para llamar a las cabras sonaban como canchinflines. Y la otra era porque... para diciembre los chavitos de Planes lo atacaban a él y a sus cabras con canchinflines”, mi hermano ríe y sé que quizás él también emboscó a Canchinflín cuando era niño. Recuerdo que mis amigos de la colonia me incitaban a atacarlo cuando comprábamos las primeras cajas de canchinflines a principios de diciembre, pero yo nunca me atreví. Canchinflín me daba miedo por su cara torva y porque entablaba conversaciones intermitentes con sus cabras mientras las arreaba. Además, quizás para ponerle más emoción a la emboscada, se decía que Canchinflín ya había fustigado a un par de patojos con su látigo.

“Dale, sigamos”, pide mi hermano.

“¿Por dónde iba? ..., ah ya..., «El occiso cargaba consigo documentos de identificación y varios vecinos corroboraron su identidad. El Ministerio Público (MP) se hizo presente y contornaron un

perímetro que casi coincidió con el círculo central del campo. Los peritos del MP se sorprendieron en primera instancia por la deformación del cadáver, sin embargo, un vecino, quien no quiso identificarse, declaró que Santiago poseía una serie de malformaciones congénitas, las cuales describió con pormenor: mandíbula prominente y ladeada hacia la derecha, un tronco demasiado grande para sus piernas cortas y el dedo anular y medio fundidos en un solo dedo enorme en ambas manos...».

“¿Quién habrá sido el vecino?”, me interrumpe otra vez, en una dinámica más nuestra, porque a mi papá nunca lo interrumpíamos.

“Parece que lo conocía bien”.

“Cabal. Tal vez fue alguien de la iglesia o algún familiar”.

“Nel, no era familia, acordate que aquel era huérfano”, le digo un poco orgulloso por saber algo del barrio que él desconocía. Nunca supe nada de los padres de Santi y a lo lejos recuerdo que fue criado por un hombre llamado Felipe cuya relación de parentesco era incierta. Cuando Santi cumplió 15 años, Felipe, gravemente enfermo del hígado, imploró a micrófono abierto, en la iglesia San Juan de la Cruz, durante las peticiones de la misa de Nochebuena, “Por favor cuiden a Santiago..., yo estoy muy enfermo”. Felipe murió antes del miércoles de ceniza y Santiago fue acogido en el seminario de los frailes franciscanos ubicado frente a la colonia Valle de Minerva. Creo que la parroquia entera asumía que Santi se volvería seminarista. Es decir, esperaban que Santi consagrara su vida a la iglesia,